

LAS DANZARINAS

:: PORTEÑAS ::

Hace apenas algunos años, del arte de la alta danza tenían, nuestras mujeres, escasa noticia visual.

Un reducido grupo, el que asistía a los teatros caros, fué el primero en recibir, mediante el reyezuelo astuto, que todas las puertas comerciales franquea, el favor divino.

Cruzando el mar, espirituales golondrinas viajeras, venían ellas, las dulces mujeres aladas, portando en los botones rosados de sus plantas el antiguo ritmo hebreo. Venían y haciendo fugaz nido en los escenarios porteños dejaban allí algo del tibio plumón con que mal cubrían el bello-cuerpo.

El aire, que por afinidad sutil las comprendía, al ser desalojado por las danzarinas en sus movimientos dúctiles, tibios, sensitivos, ondulaba también, y cargado de su gracia, cuando de su íntimo flóido, se daba a danzar, invisible, entre las especulaciones en sus giros una que otra alma preparada, ya, para la delicada comprensión.

Y el alma, así tan bellamente herida, ya no curaba más de esta, su llaga, que fluye, a veces de sangre, una cristalina miel de oro.

Y esta cristalina miel de oro no era más que una sed transpirada por el alma, desde aquellas silenciosas ciudades sepultas bajo los copos mortales de la tierra hasta nuestros pobres días.

Pero mucho antes de las sepultas ciudades, ya habían exprimido los humanos, por idéntica herida, que es la sed de la belleza representativa, su tosca, su primitiva miel de oro.

Interpretada y recogida, allá, en los principios de la vida humana, por la mímica grosera, se pulió a sí misma como una privilegiada doncella, que comprende, al crecer, su excelsa misión, y un bello día fué maravilla divina aposentada en las formas humanas, espejó civilizaciones, tradujo valores míticos, idealizó las pasiones, interpretó la naturaleza y se rindió al pensamiento sirviéndolo amorosa y espiritual, con deleitable gracia.

Así, las mujeres de nuestra ciudad, huérfana de abolengos artísticos nativos, y de hondos, fecundos pozos de las diversas civilizaciones superpuestas, cargadas éstas en sus momentos mejores de perfectos frutos, recibieron de las lejanas mujeres que venían por el mar de zafiro la maravilla evolucionadora de la danza.

Pero estas princesas de la danza, como algunos de sus príncipes, no descendieron hasta el pueblo.

El pueblo, en parte solamente, se empujó con sacrificio hacia ellos con más curiosidad que entusiasmo.

Fuó necesario que el cinematógrafo, acomodado pan espiritual, intercediera en tal o cual cinta pueril: una evocación griega, una danza asiática o egipcia y, repitiendo el hecho, con frecuente discutible propiedad, dejara caer algo así como un leve, pobérrimo reflejo de la maravilla, en la débil, insospechada sensibilidad popular.

Luego la reciente, larga guerra, restando sus mercados artísticos a la vieja Europa, hizo permanecer en las grandes ciudades nuestras a aquellas espirituales golondrinas que se acercaban al país de los moisés, discutían negligentemente su oro y se volvían a los viejos, históricos escenarios, a cuyas fiestas de belleza, años, suficientes, asistían los poderosos que abandonaron sus coronas en las manos groseras, sublimes y miserables de sus pueblos enloquecidos.

Así, estrellas de segundo orden de los escenarios descendieron al público de cinematógrafo de un país joven e ignorante de su íntimo y aun no despertado tesoro de



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

belleza, y le dieron—obligada dádiva—un peligroso, profílico, microbio azul.

Y ellas, las bellas porteñas, que cuando asistían en fiestas benéficas a la exposición de cuadros plásticos, o veían, en las fiestas escolares, abundosas en canéforas de fácil percalina, consumir sospechables frisos griegos a la luz violeta, azul o rosa, de un suavizante reflector, sentían ya algo así como el anuncio tosco e imperfecto de la bella revelación, se apropiaron en parte de aquel microbio azul y percibieron, siquiera vagamente, el perfume de una alta belleza.

Y como el susurro aún débil de un agua que empieza a moverse entre ásperas piedras, orgullosa de que en su móvil espejo reluzcan de noche las dulces estrellas y la pinte de azul el matutino cielo, el despertado, insinuado gusto popular, inició un leve susurro anímico y Buenos Aires tuvo su escuela oficial de danza y sus academias privadas fueron concurridas.

Pues la pequeña hija de Buenos Aires, precoz como la que más, con los pies tan rosados como los salvas virgenes de Diana, con el alma multiplicado en substancia por la substancia babilónica del ambiente, intentó, intenta, acercarse al divino arte y conocer la dulce locura de dejar correr por sus miembros humanos, un pensamiento inmortal, una verdad absoluta y, en ancestral exaltación de posesa, traducirlos en formas rituales, elevando la mortal, vencible materia a la condición inmortal del alma, identificando la inmortal condición del alma con la materia espiritualizada en el ritmo; y todo esto mientras otra misteriosa armonía, la armonía musical, torna más dulce la dulce sonrisa, más escultural el desnudo muslo, más afinado el muerto brazo, más nerviosa la dúctil cintura, más orgulloso el altivo gesto, más muerta la vencida cabeza, más silencioso el muelle paso que se desliza como un soplo...

Pocas son aún, y en formación,

NO CINTOS CON BELLEZA.

las danzarinas de Buenos Aires.

Dulces pequeñuelas, de cortos años, finas adolescentes, esculturales jovencitas, se internan ya por la difícil, deslumbrada selva, y muy discretamente abren los primeros, difíciles caminos para que vengan luego, que han de llegar, las grandes danzarinas.

No en vano al costado de la ciudad, vulgar con frecuencia, se tiende un fácil camino que lleva y trae ideas, que cambia y mueve los hombres, que comercia gustos y sentimientos.

Acaso el menudo, invisible barco de oro cargado de definitivos microbios azules esté ya, silencioso, en el generoso costado de la ciudad.

Y acaso la ciudad, antes de lo que piensa, lo vuelva visible y lo fete al mar de zafiro, en viaje de retorno, cargado de perfumados y espirituales frutos.

TAO LAO.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar